

Isabel.
 ¡Valor!
 Decidme si hay por qué tema:
 Decid si dudais que arrojo
 Un desesperado tenga.

Margarita.
 Si os manda un padre...

Isabel.

Que no.

Margarita.
 Si una madre os ruega...

Isabel.

No.

Margarita.
 De rodillas.

Isabel.

Mil veces
 No. Podrán enhorabuena,
 De los cabellos asida,
 Arrastrarme hasta la iglesia,
 Podrán maltratar mi cuerpo,
 Cubrirle de áspera jerga,
 Emparedarme en un claustro
 Donde lentamente muera;
 Todo esto puede mi padre,
 Pero arrancar á mi lengua
 Un sí perjuro, no.

Margarita.

Tú

Has dictado mi sentencia;
 Mi suerte me vaticinas.
 No serás tú quién se vea
 De un monasterio en la cárcel
 Sepultada con afrenta,
 Destrozada, emparedada;
 Seré yo, yo, que deshecha
 En lágrimas, á tu padre
 Pediré por gracia extrema
 Que el corazón me atreviese,
 Y veré que me la niega,
 Porque mas lento, mas crudo
 Suplicio es justo que sienta.

Isabel.

¡Vos á quien mi padre adora!

Margarita.

Quizá hoy mismo me aborrezca,

Cuando le haga ver Azagra
 Con irrecusables pruebas
 Que su amor puro y leal
 En una adúltera emplea.

Isabel.

¡Gran Dios!

Margarita.

Si, casada y madre,

La seducción halagüeña
 Del amante me rindió
 Que fué mi afición primera.
 Vino el arrepentimiento;
 Volé al altar; penitencia
 Cruel que durar debía
 Por diez años fuéme impuesta,
 Y la cumplí, y la seguí
 Mucho despues que cumpliera.
 Si entrases en mi oratorio,
 Donde nadie jamas entra
 Sino yo, si las paredes,
 Si aquel pavimento vieras
 Que cubre de sangre mia
 Gruesa y hórrida corteza...
 Los cilicios... ¡oh! quizá
 De mi castigo sintieras
 Mas piedad que indignacion
 De mi orgullo.—Satisfecha
 De la espacion, creí
 Ya merecer que secreta
 La culpa hasta el dia último
 Del universo yaciera.
 Juzga tú de mi terror
 Cuando instando á que cediera
 De su pretension á Azagra,
 Las cartas ayer me muestra
 Por mí á mi cómplice escritas,
 Y me amenaza ponerlas
 En las manos de tu padre
 Si tú la tuya le niegas.

Isabel.

(Despues de un momento de pausa.)

¿Con que hay tambien infortunio
 Que á mi infortunio supera?
 ¿Hay un ser á quien salvar
 Yo de su despecho pueda?

Margarita.

¡Salvarme! no lo merezco.

¡Salvarme! quién te loruega?
 ¿Para hacer tal sacrificio
 Qué me debes tú? Dureza,
 Rigores. Si soy tu madre,
 Si te amé, ¿cuándo halagueña,
 Cuándo amorosa me viste?
 Ayer.

Isabel.

¡O madre! ¿pudierais
 Dudar de lo que hacer debo,
 De lo que haré?—Sí, que incierta
 Yo tambien estoy.—¿Mas cómo?
 ¿No soy hija? ¿no se encuentra
 Mi madre en riesgo? ¿no puedo
 Librarla? Mi vida es vuestra,
 Tomadla: así Dios, así
 Lo manda naturaleza.
 ¡Casarme con don Rodrigo!
 Albricias, alma, no temas!
 Marsilla es muerto.

Margarita.

(Aparte.)

¡O rubor!

Isabel.

Y me ha ofendido. ¿No es cierta
 Su traicion? Decidme, madre,
 Que me ha olvidado en la ausen-
 Y que en una mora puso [cia,
 El amor que me debiera.
 ¿No es cierto tambien que Azagra
 Una alma celosa alberga,
 Iracunda, vengativa?
 ¿Que mis ayes y querellas
 Se le harán insoportables,
 Y querrá que los contenga,
 No podré, y se irritará,
 Y me matará?

Margarita.

¡Isabela!

¡Qué horror!

Isabel.

Tengo yo tambien
 Cartas amantes que lea.
 Yo las tengo, y algun dia
 Las verá Azagra.

Margarita.

¡Oh si fueran

Las mias tan inocentes!

Isabel.

¡Inocentes! Sí: pureza
 Respiran todas, pasion
 Que ni culpable ni nueva
 Parecerá á don Rodrigo.
 ¿Veis esto, madre? ¿son esas

(Mostrándola un retrato.)

Sus facciones? Pues sabed
 Que mi mano ruda, indiestra,
 Ese bosquejo trazó
 Sin que dechado tuviera
 Mas que la imagen, que fija
 En mi pecho se conserva.
 Permitídmeme besar
 Por última vez... por esta.
 Tomad. Hecho el sacrificio
 Está ya, y estoy serena...
 Tranquila... como la tumba.
 Imitad vos mi entereza,
 Mi calma... y no me digais
 Ni una palabra siquiera.
 Vuestra fama está en mi mano:
 La conservaréis ilesa.
 Se casará vuestra hija;
 No importa lo que le cuesta.

(Vase.)

ESCENA VI.

MARGARITA.

¡Santo Dios! ¿Qué es lo que hice?
 ¿Soy madre yo? No lo soy:
 En mi corazón estoy
 Oyendo una voz que dice:
 Tú has abusado, infelice,
 Con egoismo cruel
 De la virtud de Isabel
 Por evitar tu castigo.
 Si bárbaro es don Rodrigo,
 ¡Compárate tú con él!
 Pero ¿dónde hay resistencia
 Para renunciar al fruto
 De quince años que en tributo
 Consagré á la penitencia?
 ¿Me ofreceré á la presencia
 De mi esposo y de Aragon

Con el hediondo borron ; Qué golpe tan horroroso!
 Del crimen que cometí? Le va á matar el dolor.
 En mal hora merecí Viva segura, Dios mio;
 Tan buena reputacion. Si nueva culpa cometo
 Con placer me sujetara Por conservar mi secreto,
 Del castigo á la fiereza Tú verás como la espío.
 Como solo en mi cabeza Yo de mi Isabel confío;
 Su peso se acumulara; Su amante ya pereció;
 Pero si se divulgara, La suerte me sujetó
 Si sabe el mundo mi error, Este partido á tomar:
 La mengua y el deshonor Me puedo sacrificar,
 Mas oprimen á mi esposo. Pero á mi marido no.

ACTO IV.

PRIMERA PARTE.

Decoracion corta que representa el camarín ó gabinete de doña Isabel. Una puerta grande en el fondo que al abrirse dejará ver una larga sala; otra puerta menor á un costado.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, MARI-GOMEZ.

(Aparece Isabel ricamente vestida sentada en un sillón delante de una mesa, sobre la cual descansa un espejo metálico sostenido por un atril. Mari-Gomez está acabando de adornar á su jóven ama, cuyas galas forman singular contraste con su profunda melancolia y abstraccion.)

Mari. ¿Qué os parece el adorno de la cabeza? Nada, ni me oye. Que os mireis os digo: alzád ese rostro. ¿Qué tal? (*Isabel levanta maquinalmente la cabeza y vuelve á inclinarla sin haber fijado la vista en el espejo.*) A esotra puerta. ¿Miren qué trazas de novia! ¿Pues si está cuando se case tan distraida, entonces sí que será lance donoso! Vamos con las manillas. (*Va á abrocharle una manilla, y se le escapa el brazo.*) Pero sostened el brazo vos. Vaya, esto es amortajar un difunto. (*Pónele las dos manillas, manejándola los brazos á su arbitrio.*) Para el collar me dejaré de historias.

(Alzale la cabeza: Isabel da un suspiro.)

Isa. ¡Ah!

Mari. La prenderémos aquí el velo como se pueda. (*Lo hace.*) ¿Qué falta? creo que nada. Vamos, bien estais. Ello me habeis hecho perder la paciencia treinta veces. ¿Y yo que quisiera ponerlos hecha una imágen, yo que me miro en vos! Por fin, ya llegó el día de veros ataviada. Hoy resucitais las envidias que han estado enterradas seis años.

Isa. (*Siempre enagenada.*) ¡Marsilla!

Mari. (*Aparte.*) Dios le haya perdonado. (*A Isabel.*) Ahora... yo diré á don Rodrigo lo que hace al caso. Cada domingo me habeis de estrenar una gala. Os he de hacer pagar el desaliño de doncella con el esmero de casada.

Isa. Casada... (*Esta espresion la saca de su enagenamiento: mira á Mari-Gomez, se ve en el espejo, se mira á sí propia, reúne sus ideas, y dice luego con melancólica sonrisa.*) ¡Ah! es mi último vestido.

Mari. ¡El dulcísimo nombre de Jesus! libera nos á malo. No lo querrá Dios, Isabelita de mi alma, no lo querrá Dios; antes os hará tan dichosa como mereceis. Pero salid de ese abatimiento, que no pareceis sino un reo sentenciado á muerte. Mirad que ya van á venir los convidados á la boda, y es menester no darles qué decir.

Isa. (*Con sobresalto.*) ¿Qué hora es ya?

Mari. No tardarán en tocar á visperas ahí al lado, en San Pedro. Es la hora en que salió don Diego de Teruel, y hasta que cumpla, no está libre mi señor de su promesa.

Isa. Sí, á esa hora, á esa hora misma, seis años hace, partió de su patria el infeliz Marsilla... para nunca volver. En este mismo aposento me hallaba yo; allí, delante de ese balcon estaba: mis ojos regaban copiosamente mi labor como ahora mis galas nupciales. Continuamente se dirigian mis inquietas miradas á la calle por donde habia de pasar para verle... como ahora que no le verán. Por allí vino, montado en el fogoso alazan enseñado á pararse bajo mis rejas. Por allí vino, vestida la cota, la lanza en la mano, al brazo la banda, último don de mi cariño. Allí se detuvo: desde allí me dirigió el á Dios postrero. Hasta la dicha, ó hasta la tumba, me dijo. Tuya ó muerta, exclamé yo enagenada, tuya ó muerta fui á repetirle, y oprimido el corazón de la angustia, caí sin aliento en el balcon mismo, tendidas las manos hácia la mitad de mi alma que se ausentaba. ¡Suya ó muerta! y voy á dar la mano á don Rodrigo. ¡Bien cumplo mi palabra!

Mari. Hija mia, desechad esas ideas. ¿Yo qué os he de decir para consolaros? Vos sabeis mas que yo: yo no soy mas que una pobre muger, que porque vos recobraiseis la paz del alma, porque fuerais feliz, daría todos los días que le quedan de vida, menos uno para verlo.

Isa. ¿Con que tanto me quieres, María? ¿Con que te afligen tanto mis pesares?

Mari. ¿Hija Isabel, no han de afligirme? ¿Pues qué! ¿El haberos recibido al nacer en mis brazos, haber mecido vuestra cuna, veinte y cuatro años de afán continuo no han de haberme inspirado ley? ¿Quién mas acariciada, mas mimada que vos de mí? ¿Qué madre mas indulgente con una hija que yo con vos? No quita esto que os riñera: sí señor, cuando convenia; pero ¿cómo

os regañaba? Siempre mis sermones os hacian reir. Miento : ni reir ni llorar, porque como no me escuchabais las mas de las veces... Y á fé que aun no habeis perdido esa maña. ¡Desagradecida! Vos habeis tenido en mí otra madre, y yo solo he tenido en vos una discípula sorda. *Discipulis surdis*, como dijo San Paralipómeno.

Isa. Perdóname, amada María; no soy ingrata. Dame un abrazo. ¡Si vieras...! me cuesta tanto trabajo atender á lo que me dicen! Tengo una pesadez, una desazon...

Mari. ¡Válgame Dios! ¡y mi señora que no está en casa! Se marcha á asistir al hijo del juez, sin pensar que puede hacer falta aquí. Yo voy á llamarla corriendo.

Isa. ¿Para qué? Yo padezco, pero en el alma; ¿quién cura esta dolencia? Parece que dentro de mí se levanta una voz sediciosa, terrible, voz que no viene de mi voluntad, que viene sin duda del infierno (*Mari-Gomez se santigua*), que me instiga á despreciar, á hollar los vínculos de la naturaleza, los respetos del trato humano, los mandamientos de la ley; á hacer daño á otro; á no impedir males, porque me cuesta demasiado el impedirlos. Tú no me entiendes, María; pero si te acuerdas del año en que una enfermedad pestilente guió su carro esterminador sobre este reino, en que la mitad de España se ocupaba en abrir sepulturas para la otra mitad que perecia; si te acuerdas de aquella recia batalla que se dieron en mi cuerpo la vida y la muerte, en que la muerte quedó vencida, tendrás una lejana idea del combate mental que sufro, cuyos golpes hieren todos en mi carne, y cuyo fin no sé cual será.

Mari. Vaya, vaya; yo voy por mi ama. Y que tambien... aunque envié á decir que por ella no se aguardase, siempre es mejor que os acompañe á la iglesia.

Isa. ¡Ah, sí! que venga. Díla que necesito su presencia, que es preciso que no se aparte de mí.

Mari. Descuidad, que no volveré sola. (*Vase.*)

ESCENA II.

ISABEL.

Condúzcame al altar mi madre, dícteme el sí su labio, dígame que si no le prefiero, le doy la muerte... sino... no sé si le pronunciaré. Ayer, al acabar de oír la fatal revelacion, antes de darme tiempo para conocer la inmensidad del sacrificio, entonces debian haberme presentado á Azagra. Hoy está ya roto el hechizo, frio el entusiasmo, y fatigada la virtud, rehusa repetir el esfuerzo. Lo estoy viendo : con los ojos clavados en el angustiado semblante de mi madre, con el alma ardiendo en el deseo de salvarla, con la lengua pronta á obedecer á mi padre, saldrá de lo

mas hondo de mi pecho un no que nadie, ni yo misma, podré detener. ¡Qué veo! ¡Don Rodrigo!

(Está parado junto á la puerta lateral.)

ESCENA III.

DON RODRIGO, ISABEL.

Rodrigo.

Mis ojos por fin os ven
A solas, angel hermoso.
Siempre un amargo desden
Y un recato rigoroso
Me han privado de este bien.
Trémula estais; ocupad
La silla.

Isabel.

¡Ante mi señor!

Rodrigo.

Esclavo diréis mejor.
Soberana es la beldad
En el reino del amor.

Isabel.

¡Mentida soberanía!

Rodrigo.

De mi rendimiento fiel
Que duderais no creia.
Si á conocer, Isabel,
Llegaseis el alma mía!...

Isabel.

¡Es noble, es humana, es bella!
No ha mucho que lo ha mostrado.

Rodrigo.

Tal siempre ha sido mi estrella :
Descubrir no me ha dejado
Sino lo deforme en ella.
Un Azagra conoceis
Orgullosa y vengativo,
Y otro, oyéndome, veréis,
Que en vuestro rigor esquivo
Figuraros no podeis.
El Azagra que os adora,
El Azagra para vos,
No le conoceis, señora,
Y nos conviene á los dos
Una esplicacion ahora.

Isabel.

Si pretendéis abonar

Un odioso proceder,
En balde os vais á cansar.
Mejor, á mi parecer,
Para ambos será callar.

Rodrigo.

¡Isabel! Deshonra y muerte
Y eterna condenacion
No hacen en mi ánimo fuerte
La dolorosa impresion
Que la idea de perderte.
Maldicion mas espantosa
No pudo echarme jamas
Una lengua venenosa
Que decir : No lograrás
Hacer á Isabel tu esposa.
Vuestra madre, mi rival,
Que de la tumba se alzara,
Cualquier osado mortal
Que entre vos se colocara
Y entre mí para mi mal,
Ante mis celos cayera
En sangriento sacrificio :
No hay medio que yo omitiera,
De violencia ó de artificio,
Como á vos me condujera.

Poseeros para ser

Virtuoso necesito ;

Robaros á mi querer

Es acercarme al delito

Y hacérmele cometer.

No me interrompais : sin duda

Vais á decir... con razon...

Que especie de amor tan ruda,

Dejando de ser pasion,

En barbarie ya se muda.

No vuestro amor delicado

Me pinteis para mi mengua :

Quizá no le haya espresado

En seis años vuestra lengua

Sin haberlo yo escuchado.

Cuantas cartas escribió

Marsilla ausente, leí ;

Su retrato, que el no vió,

Yo he visto. No hay llave aquí
Que doble no tenga yo.
Veros fué mi ocupacion
Y oiros de noche y dia;
Y deserté de Monzon
Siempre que lo permitia
Mi sagrada obligacion.
Viéndoos al balcon sentada
Por las noches á la luna,
Mi fatiga era pagada:
No ha sido muger alguna
De amante tan respetada.
Para romper mis prisiones,
Para defectos hallaros
Fueron mis indagaciones;
Y siempre para adoraros
Encontré nuevas razones.
Seducido el pensamiento
De lisonjeros engaños,
Un favorable momento
Hace que espero seis años,
Y aun llegado no le cuento.
Pero por ventura ya
No puede estar muy distante.

Isabel.

¿Qué! ¿pensais que cesará
Mi pasion, muerto mi amante?
No, lo que yo vivirá.

Rodrigo.

Pues bien, amad, Isabel,
Y decidlo sin reparo;
Que con ese amor tan fiel,
Aunque á mí me cueste caro,
Nunca me hallaréis cruel.
Mas si ese afecto amoroso,
Cuya espresion no limito,
Mantener os es forzoso,
Yo, mi bien, yo necesito
El nombre de vuestro esposo.
¿No mas que el nombre! y con-
De desear y pedir: [cluyo
De mí todo afan escluyo
Solo con poder decir:
Me llaman marido suyo.
Separada habitacion,
Distinto lecho tendréis.
¿Quereis mas separacion?

Vos en Teruel viviréis,
Yo en la corte de Aragon.
¿Temeis que la soledad
Bajo mi techo os consuma?
Vuestros padres os llevad
Con vos; mudaréis en suma
De casa y de vecindad.
Nunca sin vuestra licencia
Veré esos divinos ojos:
Mas dádmela con frecuencia.
Si os oprimen los enojos,
Hablad, y mi diligencia
Ya cañas, ya la batida,
Ya músicas dispondrá:
Si llorais... ¡Prenda querida!
Cuando lloréis, ¿qué os dirá
Quien no ha llorado en su vida?
Nací altanero, servil
La suerte aduló mi gusto
Desde la edad infantil.
Híceme inflexible, adusto;
Soy tirano en la viril.
Pero ¿qué he de hacer, si en vano
Lucho con mi condicion?
Piedad de mi orgullo insano;
Yo con vuestra inclinacion
No me mostraré inhumano.
Miseros ambos, hacer
Con la indulgencia podemos
Menor nuestro padecer.
Ahora, aunque nos casemos,
¿Me podréis aborrecer?

Isabel.

(Sollozando.)

¿Don Rodrigo! ¿don Rodrigo!

Rodrigo.

¿Llorais? ¿Es porque me muestro
Digno de ser vuestro amigo?
¿No sufrí del odio vuestro
Bastante el duro castigo?

Isabel.

¿Oh! no, no; mi corazon
Palpitar de odio no sabe.

Rodrigo.

Ni ya mas resolucion
Tampoco en el mio cabe,
Mirando vuestra afliccion.

¿Qué lágrimas! ¡ay! ¡y cuántas
Habeis vertido por mí!
Vedme, vedme á vuestras plantas.
Vencisteis.— ¿Y podré?... Sí,
Salid de zozobras tantas.
Ya quedais en libertad
De darme ó no vuestra mano:
Seguid vuestra voluntad.
Libre sois.

No, no, nada juraré.
Cuando derribo el altar
Que á mi esperanza erigí,
Terror quisiera inspirar,
Y de mis armas así
No me debo despojar.
Voy todo lo prevenido
A detener, sin embargo.

Isabel.

¿Dios soberano!

Rodrigo.

Tomad las cartas, tomad.
(Pónelas sobre la mesa; despues de haber
notado la falta de una.)

Una falta: me olvidé...
Tendréisla, que no la quiero.
Callar juro por la fé
De aragonés caballero...

ESCENA IV.

DICHOS, DON PEDRO.

Pedro.

Los padrinos han venido.

Rodrigo.

Ya cesaron en su encargo:
Todo queda suspendido.

(Vase.)

ESCENA V.

DON PEDRO, ISABEL.

Ped. (Con admiracion y enojo.) ¡Isabel!

Isa. Querido padre, no me mireis con ira, no me condeneis antes
de oirme.

Ped. ¿Se aparta don Rodrigo de su empeño?

Isa. Le deja á mi resolucion.

Ped. Eso es distinto. Con todo, no eres tú quien debiera decidirle:
fijar tu suerte es derecho mio. Como padre, me toca mandarte...
prefiero sin embargo aconsejarte como amigo. Ni aun te aconse-
jaré; te descubriré solo secretos que estaba obligado á callar,
pero que mi honor exige ahora que revele. Despues tú deci-
dirás.

Isa. ¡O padre de mi alma! (Bésale la mano.)

Ped. Cuando un injusto fallo me iba á despojar cuatro años ha de
mis bienes, y á dejarnos sumidos en la miseria, ¿sabes quién fué
el desconocido que obtuvo la revocacion de la sentencia? Don
Rodrigo.

Isa. ¿Don Rodrigo!

Ped. Cuando dos años ha, prisionero yo de los indignos satélites de
don Sancho, iba á ser degollado de su orden, ¿sabes quién me
libró, ya bajo el hacha del verdugo? Don Rodrigo.

Isa. ¿Don Rodrigo!

Ped. Cuando cinco años hace, agotados todos los recursos de la
ciencia para volverte á la vida, tu madre y yo, ahogados de
pena, esperábamos de un momento á otro verte lanzar el último

aliento, ¿sabes quién trajo desde Jaen aquel médico árabe que fingió pasar accidentalmente por aquí?

Isa. ¿Fué don Rodrigo?

Ped. A él entonces debiste la vida.

Isa. A él se la consagraré ahora. ¡Dios justo! á vos pongo por testigo de mi resistencia y de los combates que he sufrido. Por todas partes han asaltado mi corazón. Ya no puedo mas... Llamadle.

Pad. Tú me haces feliz, hija mia. (*Vase.*)

Isa. Estaba escrito en el cielo que este hombre habia de ser mi esposo. Séalo. No seré ingrata con él... seré pérfida con mi infeliz Marsilla. ¡O Marsilla! si tú vivieses... Desde el empíreo, donde me estás mirando, ¿serás capaz de culparme? Tú quizá me perdonarás... yo al tiempo que cedo á la ley de la suerte, no puedo perdonarme á mí misma.

(Abrese la puerta del fondo. Se ve la sala, y entran en ella muchas damas y caballeros, algunos de los cuales pasan al gabinete.)

ESCENA VI.

DON RODRIGO, DON PEDRO, DON MARTIN, MARI-GOMEZ,
DAMAS, CABALLEROS, PAGES, ISABEL.

Rod. ¿Podré creer tanta dicha, Isabel? ¿Consentis voluntaria en darme la mano?

Isa. La habeis ganado. Tomadla. Vamos al templo.

Ped. Aun no ha cumplido el plazo otorgado á don Diego. Al toque de vísperas de este dia salió el malogrado jóven de Teruel seis años hace: hasta que suene esa señal en mi oído no soy dueño de disponer de mi hija. (*A don Martin.*) Solo para haceros ver el exacto cumplimiento de mi promesa me he atrevido á suplicaros que vengais á mi casa, mi infeliz amigo.

Mart. ¡Inútil escrupulosidad! No os detengais. No romperá mi hijo el seno de la tierra para reconveniros.

Isa. (*Aparte.*) ¡Infeliz!

Ped. Fiel á lo que juré me verá desde el túmulo, cual me hallaria viviendo.

Rod. Isabel desea la compañía de su madre: pudiéramos pasar por casa del juez...

Mari. Ahora empezaba el herido á volver en su conocimiento. Si antes del toque de vísperas no se halla mi señora en la iglesia, es señal de que no puede asistir á la ceremonia: esto me ha dicho.

Ped. La esperaremos en el templo. (*A don Martin.*) Si la pesadumbre os permite acompañarnos, veréis...

Mart. Escusadme el presenciar un acto tan doloroso para mí...

Ped. Estad seguro de que hasta que no oigais la campana, no habrá

dado su mano Isabel. Estos caballeros os informarán de que he esperado hasta el cabal vencimiento del plazo.

Isa. (*Aparte.*) ¡Dios de bondad, asistidme!

Ped. Vamos.

(Vanse todos, menos don Martin.)

ESCENA VII.

DON MARTIN.

Creí por un momento que Isabel debia ser mas fiel á la memoria de su amante. ¡Vanidad! ¿Qué falta hace al misero cadáver de mi hijo la constancia de la que amó? Si su sombra necesita lágrimas, ¿no le bastan las mias? ¡Hijo de mi dolor! mi pobreza te robó tu dicha, te desterró de tu patria, te ha hecho morir en tierra agena. Desde ayer á hoy mi frente anciana se ha vuelto decrepita. Pronto me reuniré á mi hijo.

ESCENA VIII.

MARGARITA, POR LA PUERTA DEL COSTADO, DON MARTIN.

Marg. ¡Isabel! ¡Don Pedro! (*A don Martin.*) ¿Vos aquí solo? ¿Han marchado ya? ¿Hace mucho tiempo?

Mart. Pocos instantes. Debiais haberlos visto.

Marg. Vengo por el jardin.

Mart. Os van á esperar en la iglesia.

Marg. No me esperarán sino hasta la hora prescrita. Va á sonar al punto. Don Martin... yo no puedo... La iglesia está un paso... Corred vos, estorbad el casamiento. Vuestro hijo vive.

Mart. ¡Vive! ¡Angeles del cielo! ¿Vive? ¿Es verdad? No me engañeis, por Dios.

Marg. No hay duda, no puede tardar en llegar.

Mart. ¿A Teruel?

Marg. Tal vez entra ya por sus puertas.

Mart. Yo no acierto á creer tanta dicha.

Marg. La noticia de ayer fué falsa, fué obra del rencor y de la impostura. Sí, acabo de saberlo de Jaime Celada.

Mart. ¿El hijo del juez? ¿el que estaba cautivo?

Marg. Estaba en Valencia. Vuestro hijo vuelve opulento. Ha salvado la vida al rey moro. Se hallaba doliente... envié á Jaime para anunciar su llegada, y el infeliz mensajero fué herido ayer á una legua de aquí. Hasta hoy no se le ha conducido, hasta ahora no ha podido hablar...

Mart. Basta; no mas.

Marg. Deteneos, oid. No digais... por Dios no digais que yo os envío. Decid que habeis sabido la nueva en casa de Celada. Nada os importa esa ficcion, y á mí...

Mart. Yo lo prometo: á Dios. ¡Mi hijo vive! (*Vase.*)

ESCENA IX.

MARGARITA.

¿Llegará á tiempo? Aun no suena la campana que ha de señalar el momento del consorcio. Tiempo será. Si está de Dios, que mi delito se publique. Vivo Marsilla, ¿cómo habia yo de permitir que mi Isabel...? mi pobre Isabel, que se sacrificaba por mí... Jamas : no llega á tanto mi barbarie. Sépase todo. Y todo se sabrá. ¿Cómo no ha de vengarse don Rodrigo? Ya no tengo esposo, ni hija, ni nombre. Sí, el de adúltera. Dios mio, fuerzas para soportar la ignominia. Sí, vos me las daréis. Ya he sentido vuestro auxilio : vos me habeis hecho romper el pomo de veneno hallado junto á Celada : humedecida en él la flecha de la mora, traspasada apenas la piel del triste jóven, ha estado un dia sin sentido... Si yo cedo un momento... No me abandoneis ahora. ¡Cuántos escarnios! ¡cuántas maldiciones me aguardan! (*Oyese muy de cerca el toque de visperas.*) ¡Cielos! ya será tarde. Su padre no puede haber llegado. Salgamos de tan horrible duda. ¡Perdon, Dios mio! (*Vase.*)

SEGUNDA PARTE.

Bosque inmediato á Teruel.

ESCENA PRIMERA.

MARSILLA, ADEL, SEIS BANDIDOS.

(Marsilla y Adel atados á dos árboles. Seis bandidos, de los cuales unos observan á los dos presos, y otros registran sus maletas. Marsilla escucha convulsivo el toque de visperas que se oye á lo lejos.)

Mar. Ese fatal sonido viene á aumentar mi desesperacion. Si al ver que no llego... ¡Oh! no, todo lo habrá evitado Celada. Isabel me espera, y yo aquí entre tanto... ¡Traidores, viles bandidos!

Bandido 1º. ¿Cómo traidores?

Bandido 2º. ¿Cómo bandidos?

Bandido 1º. Nosotros somos leales soldados del infante don Sancho.

Bandido 2º. Del legítimo rey de Aragon.

Bandido 1º. (*A Adel.*) ¿Dónde vienen esas joyas, perro?

Mar. (*A parte.*) ¡Ocúltaselas, Dios mio!

Adel. Yo no tengo ni sé de joya alguna : no traigo mas que un puñal y un seguro de mi rey.

Bandido 2º. A ver el puñal. ¡Mango de cobre! ¿No podias habérselo echado siquiera de plata?

Adel. Lo merecia : no está esa hoja destinada á sangre ruin.

Bandido 1º. Tú serás el primer ruin que la estrene si no cantas claro.

Adel. La litera y el equipage vienen media jornada mas atras : tal vez allí...

Bandido 1º. Bellaco, la litera no trae las riquezas. Los diamantes vienen con vosotros. Nos ha informado quien lo sabe.

Bandido 3º. Aquí está : ya pareció.

(Muestra una arquita de baqueta.)

Mar. ¡Cielo vengador!

(El primer bandido deja caer en el suelo el puñal de Adel, y acude á ver las joyas.)

Todos los bandidos. A ver, á ver.

Bandido 1º. (*Abriéndola.*) ¡Perlas...! ¡brillantes!

Bandido 3º. ¡Diamantes verdes!

Bandido 2º. ¡Diamantes morados!

Bandido 2º. ¡Cómo relucen los blancos!

Bandido 1º. ¡Es un tesoro!

Todos. ¡Un tesoro! A marchar, á repartir.

Mar. ¡Desventurados! teneos, escuchad.

Bandido 3º. ¿Traes otra cajita?

Bandido 1º. Marchemos; el golpe está dado, nos hallamos á las puertas de Teruel, y hoy ha salido tropa á recorrer estas cercanías. El juez Domingo Celada está furioso por el lance de su hijo.

Mar. Quitadme la vida si me quitais las riquezas. Mi vida son ellas. Vosotros no sabeis...

Bandido 1º. ¡Qué! ¡su valor! no hayas miedo que se malbaraten.

Mar. ¿Hay entre vosotros alguna fé? ¿Sabeis lo que es la palabra de un caballero? Yo soy Marsilla.

Bandido 1º. ¿Marsilla? Tú serviste á don Pedro contra el ejército de la iglesia. Aquí teneis un paladin de la tabla redonda, que nos ha quitado á los buenos católicos el quemar en Francia mas de cien hereges.

Bandido 2º. Tan herege será él como ellos.

Mar. Un dia, pocas horas que estuviesen en mi poder esas prendas, me harian feliz. Aun sin venir á mi poder... Si no sois tigres, si hay entre vosotros algo de humano... hacedme una gracia, y os bendeciré... Angeles seréis para mí. ¡Si pudierais penetrar la sinceridad con que os hablo...! Si uno de vosotros llega á Teruel... á casa de Segura... si le muestra esas joyas y le dice : De Marsilla son, no necesito mas, huya luego con ellas.

Los Bandidos. (*Riéndose.*) Ah, ah, ah, ah.

Bandido 1º. ¡Buena ocurrencia! para que le echasen el guante á mano salva.

Bandido 2º. El hombre está loco.

Mar. Por cuanto hay mas sagrado...

Bandido 2º. ¿Qué hay sagrado para un albigense con ribetes de moro?

Bandido 1º. ¡Y que no tiene humos que digamos el mancebo! Como que en rigor debiamos...

Mar. ¡ Bárbaros! ¡ infames ladrones!

Bandido 2º. ¿ Capitan, le saco la lengua á este atrevido?

Mar. Matadme: sino, ni uno siquiera de vosotros ha de salvar la vida. No sabéis aun quién es el que habeis sorprendido cobardemente... como cobardes que sois, como villanos. Juro á Dios vivo no descansar hasta que haya esterminado al último de vosotros. De estos mismos árboles han de pender vuestros cadáveres destrozados.

Bandido 2º. A este pájaro es preciso torcerle el pescuezo.

Bandido 1º. Al cabo es un defensor de los albigenses.

Bandido 2º. Un excomulgado.

Bandido 3º. Un aleve que nos queria alucinar para pescarnos.

Bandido 2º. Muera. (*Dirigese á Marsilla para atravesarle con la lanza, y al alzar el brazo le hierre una saeta.*) ¡ Ay! ¡ Favor!

Todos. ¿ Qué es esto?

(Se oye un silbido.)

Bandido 1º. ¡ El aviso! Estamos descubiertos.

Todos. Huyamos.

(Huyen, llevándose, ó mas bien atropellando al herido, que va á caer fuera de la escena.)

ESCENA II.

MARSILLA, ADEL.

Mar. ¿ Quién nos protege? A nadie veo. Desesperacion, dame ahora tus fuerzas. ¿ Qué han de resistir estos cordeles á manos que han roto hierros!

Adel. No te fatigues en esfuerzos inútiles: el nudo que me ata las muñecas se va aflojando... ¡ pero tan lentamente, voto al ángel Reduan!

Mar. ¡ Perder mis tesoros al tocar la dicha!

Adel. ¡ Veo al que lleva la arquilla! Va detras de todos.

Mar. ¡ Maldicion!

Adel. Le han disparado una saeta... el herido se apoya en un árbol. Un jóven sale á socorrerle. No, le arranca la arquilla... el malvado cae... el jóven desaparece con ella. Ya no veo á nadie.

Mar. Perdí hasta la última esperanza. ¡ Y me han dejado la vida! ¡ Ah! tal vez en este mismo momento... ¡ Isabel! ¡ Isabel!

• ESCENA III.

DICHOS, ZULIMA.

Zul. (*Canta dentro.*)

Ni ciencia ni caudales,
Ni el mando ni el amor,
Placeres dan cabales:
Hay un placer mayor.
Postrar á un enemigo,
Su dicha deshacer,
Ser de su mal testigo,
¡ Este si que es placer!

Mar. ¿ Qué oigo! la voz de la desgracia es esta.
¿ La conoces?

Adel. Conózcola de suerte...

Cual conoce á su víctima la muerte.

(Sale Zulima con arco y aljaba.)

Mar. ¡ Aquí Zulima!

Zul. Sí: ¿ de qué te asombras?

¿ No hay nada entre los dos que nos reuna?

Por el Amir á muerte condenada,

¿ No fuiste tú mi salvador? ¿ La puerta

De la terrible cárcel no me abriste,

Y vida y oro y libertad me diste?

Vida y riqueza y libertad te vuelvo.

Nada mas natural, nada mas justo.

Libre estás.

(Corta con el puñal de Adel, que estaba en el suelo, los cordeles que sujetaban á Marsilla.)

Adel. Yo tambien.

(Soltándose por sí propio.)

Mar. (*Cogiendo del suelo su espada.*) Zulima... el tono

Me aterra de tu voz... es del infierno,

Y de un ángel tu accion. Mi pecho anhela

Su gratitud mostrar, y... El tiempo vuela,

A Dios.

Zul. ¿ A dónde vas? ¿ Por tu tesoro?

Véle aquí, por mi diestra rescatado.

(Marsilla arroja la espada.)

Yo la seña he fingido: la sabia,

Y ella y este arco fiel te han libertado.

Mi vida por la tuya hubiera dado,

Pues... con tu muerte mi placer moria.

Mar. ¡ Muger incomprensible! héme á tus plantas.

(Arrodillase.)

Zul. ¡ Triunfé! Así es como yo verte queria.

Ya estoy contenta: tus riquezas toma,

(Entrégale el cofrecillo que traia oculto.)

Corre luego á Teruel, vuela á tu amada;

Mas no á la casa que la diera abrigo

Hasta hoy te dirijas; si has de verla,

Búscala en el harem de don Rodrigo.

Mar. ¡ Condenacion! ¿ Qué dices!

(Deja caer el cofrecito en el suelo. Adel levanta y guarda su puñal.)

Zul. Tarde llegas.

Tuya no puede ser; ya dió su mano.

Mar. ¡ Iras del cielo! No: finges en vano.

Tú ignoras que mi próxima venida

Previno un mensagero.

Zul. Tú no sabes

Cuán á tiempo selló, siempre certero,